

La sonrisa suspendida de Anan Gustaff

Beto Liòndeux



## Capítulo 1

Detalles de mi pueden ser encontrados en los anales de la literatura clásica. La verdad es que esta no ha sido muy cortes conmigo ya que me describe como un monstruo, una masa ambulante de tejidos y miembros cosidos con nylon, algo pasivo agresivo, sociópata; al ser entrevistado por Mary Shelley, le brindé los detalles más veraces que pude, pero ella decidió torcer la realidad y escribir acerca de un monstruo con deseos de ser amado. No soy eso, no soy el tal Frankenstein, tampoco, ese era el nombre de mi supuesto creador, un paria político, médico de cuarta, el suizo Alfonso Frankenstein, tampoco soy el Prometeo creado por los rayos del gran Zeus. Mi nombre es Anán Gustaff, y no soy un errante animal devora niños, soy un asesor de dictadores, a mucha maldita honra.

Recuerdo los años dorados, donde caminé con los mejores hombres de este mundo, tardos para hacer el bien, con pies listos para encaminarse al derramamiento de sangre. Y lo hacían muy bien, acataban mis consejos y derribaban a sus opositores, encarcelaban a los que protestaban, y en el mejor de los casos torturaban y mataban hasta sacarles música a sus almas. Sucesos que en muchos casos quedaron impunes, y yo me encargaba de tal cosa, eran mis clientes, y eran trabajos pro bono los cuales hacía con una candidez más que la de Abenezer Scrooge reformado, era mi pasión, era el motor de mi alma trastornada, desjarretada para causar pánico, intimidación, y muerte.

Hasta ahora seguro crees que soy un ser inmortal, pero no es así, sólo vivo 900 años y ya llevo 899 de esta miserable vida de placer. Mi último año tengo que hacer algo productivo, mi magnum opus, no puedo morir y no dejar un legado. Por tanto, he tomado la decisión de viajar a Nicaragua, una nación según me cuentan muy sufrida, de gente esforzada, valiente, y con un buen sentido del humor. El dictador de ese país está en aprietos, el pueblo se quiere volcar contra él, y tengo que demostrar que mis principios de muerte y crisis luzbelica son la única vía para sacar a la nación de la pobreza multidimensional.

Llego a Nicaragua y observo a la gente que en realidad es muy noble, al ver un harapo no se inmutan y más bien me ofrecen a probar quesos, me regalan una cereza muy rica llamada jocotes, y en los comedores las mujeres me tratan como al mejor de los maridos, tirándome pedazos de cerdo frito sorpresivamente mientras estoy devorando, como el salvaje que soy, un glorioso gallo pinto.

El guardia de la entrada sonríe muy amable, tira su AK47 a un lado, y empieza a adorarme. Es lo que pasa siempre que llego por primera vez, y eso me encanta, es tan bueno como te lo estas imaginando ahora mismo. Entro a una tal guarida, la cueva del lobo, un lugar que me hace sentir en casa por ese aroma peculiar a incienso de saldamo, alcohol, y azufre.

Percibo inmediatamente una zozobra y un delicioso ambiente de emociones diarreicas, coléricas, una pestilencia de ceniza y gusanos, de gases putrefactos que al respirarlos convierten a cualquiera maldito bienhechor en la bestia mas hermosa, el asesino perfecto, que afila su puñal de inmoralidad, su espada de mórbidas raíces amnésicas que lo hacen olvidar lo que alguna vez fue, un simple idiota.

Me hacen entrar en una habitación donde está un chofer, en una esquina, devorando una tortilla y sentado en el piso, sin calcetines. Me dejan sólo con él, pero me doy cuenta, luego, que estoy con el hombre indicado y con el cual necesito hablar y asesorar. Es el dictador del país. Exhalo fuerte y me hago sentir en la habitación y al mismo tiempo toso para capturar su atención. Me mira y, más que maldad, corrupción, inmoralidad e inescrupulosos pensamientos, puedo ver la más profunda e inherente torpeza de cualquier hombre sin gracia, como de esos que pueden contar los mejores chistes, pero no hacen reír a nadie, porque no tienen gracia, o como el que asesinó a Jesse James quien pensó quedar como una leyenda, pero más bien quedó como un cobarde y la historia decidió no plasmar su nombre por ningún lado. Hasta yo honro eso y decido no mencionar su nombre ahora mismo.

Este imbécil dictador con el que estoy se levanta y como un granjero poseído por legiones de ganados espirituales, me extiende su cadavérica mano, la cual al mismo tiempo parece un puñado de estiércol, calientes y hediondas, y me da la bienvenida a su país, aquella nación de ricos manjares y gente valiente.

Converso largas horas con el rufián pillarajo macilento mientras nos deshacemos las gargantas con un ron barato. Es el primer dictador que miro sucumbido como un imbécil a la bebida. Al menos Hitler era mas versátil, se inyectaba semen de toro, o se ponía cocaína en los ojos, todo en un intento de mantenerse alerta. Pero este imbécil lo único que quiere es entorpecerse más y evitar la cruda realidad que el pueblo valiente le estaba ganando la partida. La factura ya la tiene sobre la mesa para él, el pueblo es el terminator, y él es, sin duda, el exterminado. El pueblo estaba a poco tiempo de decirle con aquel acento icónico austriaco del fortachón Schwarzenegger: Hasta la vista, baby.

Estoy casi finalizando mi sesión y me dice algo que mueve mis cimientos. Empieza a cuestionar mis consejos y asesoría política, y apoyarse en la prudencia de su propio corazón. Trato de convencerle que no salga a calbidear en medios de comunicación internacionales, que no brinde entrevistas, que no reprima a la población, y no es que me importe el pueblo, aunque es una nación valiente y amable, pero esta es una estrategia política que funciona, puesto que el daño se puede hacer sutilmente, o bien de manera extrema, al estilo Nazi, exterminio total. Tzun Sin dijo que al enemigo tenias que desbaratarlo hasta hacerlo cuita, o dejarlo libre, pues en este caso, o extermina al pueblo o lo deja vivir.

Pero estar flirteando con una cacería de brujas, censurando a la prensa y encarcelando estudiantes, no lo llevaría a ningún lado.

En mi afán de capturar su atención y hacerle entender aquellas perlas malignas de crueldad y castigo, sólo logro que se enoje y pegue un manotazo sobre la mesa, y al instante llama a uno de sus hijos. El joven se acerca, evidentemente homosexual que aún no sale del closet, pero si sale de sus cabales ordenando asesinatos a diestra y siniestra, y embolsándose petrodólares hasta por su más recóndito orificio que prestaba todas las noches a otros varones. El afeminado es tan vanaglorioso que no se postra a adorarme, me agarra bruscamente de las manos, y me saca de la habitación. Ya mis fuerzas no eran las mimas como en mis años mozos. Me dejo someter, indignamente.

Me conduce en su camioneta Range Rover y me amonesta burdamente que al dictador no se le habla con irrespeto, y que en ningún momento iban a tolerar el injerencismo. Me siento indignado, avergonzado, siempre me he llevado bien con los asesinos y dictadores, con los genocidas, pero con este solo encuentro letargo espiritual, falta de astucia, de valor, de coraje, y de inteligencia. No hay nada peor que un desnutrido emocional, ladronzuelo de segunda mano, tercermundista dictador que quiere jugar con un pueblo valiente y esforzado como este. De repente, en 899 años de vida, comienzo a cobrar consciencia. Siento náuseas.

El pederasta hace que me lleven a una cárcel donde torturan a los presos, cárcel donde su padre el dictador también estuvo preso por un gobierno anterior. Me encuentro con un grupo de reos, jóvenes llenos de vida, esperanza, y con una bondad tan pesada que, al entrar en la celda, se me quiebran mis dos piernas. No entiendo que me pasa.

Nueve meses pasan y después de mi encarcelamiento, me doy cuenta de algunas cosas que suceden en este mundo plagado de ira, y ahora entiendo a mi jefe, el padre de la mentira, el que engaña naciones, está burlando a este torpe dictador, y todo, absolutamente todo, le ha venido saliendo mal. Los gobiernos del mundo lo están aislando, potencias lo tienen acorralado, sus finanzas han sido congeladas, su credibilidad e imagen de hombre revolucionario es orinada por veinte mil legiones de desprecio, y su fama en el mundo no sobrepasa la de un sapo, horrendo, asqueroso, viscoso, resbaladizo, estancado en lugares pantanosos y oscuros, cargado de mentiras que atormentan su espíritu afanoso y alienígena hasta en el mundo astral de las potestades celestes. Nadie lo quiere. Este pues, es el precio que mi jefe hace pagar a los dictadores cuando son torpes, los puede llevar a la cúspide, pero también los puede poner como vergüenza internacional.

Atormentado por tanta bondad, esperanza, fe, y la valentía y esfuerzo de estos presos por pedir justicia de manera pacífica, con el más afable y natal espíritu, me termino de deshacer casi en mil pedazos, y mi cuerpo

se desintegra entre un humo negro por que se queman todos mis principios de muerte y crisis luzbelica, y por fin casi ceso de existir, y solo queda en la cárcel mi sonrisa suspendida en el aire. Los presos ya no pueden percibir este macabro escenario, pero si palpan ahora el nuevo amanecer en su nación donde el dictador ha perdido la batalla.